

## **La maldición de Lono**

# **La maldición de Lono**

HUNTER S. THOMPSON

TRADUCCIÓN DE JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Curse of Lono*

Copyright:  
THE CURSE OF LONO, © 2003, 2005, Estate of HUNTER S. THOMPSON  
All rights reserved  
LA MALDICIÓN DE LONO, © 2016, Estate of HUNTER S. THOMPSON

Primera edición: 2016

Traducción  
© JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ

Imagen de portada  
Unspecified - circa 1970: Photo of HUNTER S. THOMPSON  
© MICHAEL OCHS ARCHIVES / GETTY IMAGES

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madraza, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KAD MOS

ISBN: 978-84-16358-99-1  
Depósito legal: M-6215-2016

Impreso en España

Para mi madre, Virginia Ray Thompson

## ÍNDICE

El brazo azul	23
Aventuras en la estúpida vida	39
Fuego en los cojones	49
No era uno de los nuestros	57
La generación maldita	67
¿Por qué nos mienten?	77
Tetas como bolas de fuego naranja	89
No hay normas	93
Atrapados en un lugar rarísimo	99
El bombazo	103
South Point	111
Todos somos iguales en el océano	119
La tierra de Po	125
La vida en una terraza	137
Pateando culos en Kona	145
Jódete, soy rico	153
Conduciendo por Saddle Road	165
Un perro ocupó mi lugar	173
Matamos como campeones	183
La locura de ayer es la razón de mañana	187
Furia y más furia contra el advenimiento de la luz	197

Ya no le conviene a la salud del cristiano importunar al moreno  
arriano,  
pues el cristiano se encoleriza, y el arriano sonríe y agota al  
cristiano;  
y el fin del combate es una lápida con el nombre del occiso,  
y un sombrío epitafio: «Aquí yace un loco que al Este impor-  
tunar quiso».

RUDYARD KIPLING, *Naulahka*

## EL ROMÁNTICO DIOS LONO

Últimamente, he estado escribiendo bastante sobre el gran dios Lono y la personificación que el capitán Cook hizo de él. Ahora, estando como estoy en la casa de Lono, sobre un suelo que sus terribles pies pisaron en épocas remotas —salvo que los nativos mientan, y lo supongo improbable—, puedo aprovechar para decir también quién fue.

La representación de Lono que los nativos adoraban era una vara fina de tres metros y medio de largo, sin ornamentar. La historia antipoética afirma que fue uno de los dioses preferidos de la isla de Hawái, un gran rey al que deificaron por sus meritorios servicios; al estilo de nuestra costumbre de recompensar a los héroes, pero con la diferencia de que, indudablemente, nosotros no lo habríamos elevado a la categoría de dios, sino al puesto de jefe de una oficina de correos. Sus remordimientos lo volvieron loco, y la tradición nos presenta el singular espectáculo de un dios que viajaba *por el arcén*; porque, en su mortificante pesar, deambuló de sitio en sitio, boxeando y luchando con todos los que se cruzaban en su camino. Desde luego, perdió pronto su interés por aquel pasatiempo, puesto que, evidentemente, cuando un dios tan poderoso enviaba a su frágil oponente humano *a la lona*, ya no regresaba. Por lo tanto, instauró unos juegos llamados *makahiki*, ordenó que se celebraran en su honor y, acto seguido, tras anunciar que algún día volvería, zarpó hacia tierras extranjeras en una balsa con forma de triángulo. Fue lo último que se supo de él. Nadie volvió a verlo nunca. Puede que su balsa se hundiera. Pero la gente no dejó de esperar su

advenimiento, y fueron fácilmente inducidos a aceptar que el capitán Cook era su dios revivido.

MARK TWAIN, *Cartas desde Hawái*

# Running

23 de mayo de 1980

Hunter S. Thompson  
A/A Lista de correos  
Woody Creek (Colorado)

Querido Hunter:

Nos gustaría que cubrieras la maratón de Honolulu, para reducir a unas cuantas líneas lo que potencialmente podría ser un ladrillo. Pagaremos todos los gastos y un sueldo excelente.

Piénsatelo. Es una gran oportunidad para tomarse unas vacaciones.

Atentamente,

Paul Perry  
Director ejecutivo  
Running Magazine



25 de octubre de 1980

Owl Farm

Querido Ralph:

Creo que esta vez nos ha tocado un pardillo, viejo amigo. Un gilipollas al que apellidaron Perry en Oregón nos quiere regalar un mes en Hawái, por Navidades; y todo lo que tenemos que hacer es cubrir la maratón de Honolulu para su revista, una cosa llamada Running.

Sí, ya sé lo que estás pensando, Ralph. Das vueltas por la sala de guerra de la Old Loose Court mientras te preguntas: «¿Por qué yo? ¿Y por qué ahora? ¡Justo cuando empezaba a ser respetable!».

Bueno... Admítelo de una vez, Ralph; cualquiera puede ser respetable, sobre todo en Inglaterra. Pero no todo el mundo consigue que le paguen por correr cuarenta y dos kilómetros como un idiota en una especie de carrera para chiflados que se conoce como «la maratón de Honolulu».

Nos vamos a apuntar los dos, Ralph; y estoy bastante seguro de que ganaremos. Tendremos que entrenar un poco, pero no demasiado.

Esencialmente, la cosa consiste en correr como si fuéramos uno y establecer un ritmo endiablado durante los primeros cinco kilómetros. Esos cuerpos-de-nazi entrenan todo el año para llegar en plena forma a esa especie de Super Bowl de las maratones. Los promotores esperan diez mil participantes, y el recorrido es de cuarenta y dos kilómetros, lo cual significa que empezarán despacio... porque

cuarenta y dos kilómetros son jodidamente largos, se mire como se mire, y todos los profesionales de las carreras arrancarán despacio y se lo tomarán con calma durante los treinta primeros.

Pero nosotros no, Ralph. Nos pondremos delante, saldremos como torpedos humanos y cambiaremos por completo la naturaleza de la carrera por el procedimiento de esprintar codo con codo durante los cinco primeros kilómetros, que haremos en menos de diez minutos.

Un ritmo como ése les romperá los huevos, Ralph. Esa gente trota, no corre; así que nuestra estrategia consistirá en correr como putas durante los cinco primeros kilómetros. Supongo que nos podemos meter lo suficiente como para estar tan frenéticos que hagamos una marca de 9:55 en el control del kilómetro cinco... y, para entonces, tendremos tanta ventaja sobre los demás que ni siquiera nos podrán ver. Estaremos solos y al otro lado de la colina cuando lleguemos juntos al tramo de Ala Moana Boulevard, y llevaremos un ritmo tan rápido y desquiciado que ni los propios jueces se lo podrán creer... y el resto de los participantes estarán tan lejos que muchos se hundirán en el desconcierto y la ira.

También te he apuntado al Pipeline Masters, una competición de surf de carácter internacional que se celebra el 26 de diciembre en la costa norte de Oahu. Pero tendrás que trabajar tu equilibrio a altas velocidades, Ralph. Las olas te lanzarán a ochenta o incluso a ciento veinte kilómetros por hora, y no te recomiendo que te caigas.

Me temo que no estaré contigo en lo del Pipeline, porque mi abogado tiene importantes objeciones relacionadas con la prueba de orina y otras ramificaciones legales del asunto.

Pero participaré en la infame pelea con gallos del Iiston Memorial, a mil dólares por unidad en la escala universal... Por ejemplo: si aguantas un minuto con un gallo, ganas mil; si aguantas cinco, cinco mil; si aguantas dos minutos con cinco gallos, son diez mil... y así sucesivamente.

Es un asunto serio, Ralph. Esos gallos hawaianos pueden destrozar a un hombre en cuestión de segundos. Me estoy entrenando en casa con pavos reales (seis bichos de quince kilos en una jaula de dos por dos metros), y creo que le estoy pillando el tranquilo.

Ha llegado el momento de darlo todo, Ralph, aunque implique salir temporalmente del retiro y vérselas otra vez con el público. Además, necesito un descanso -por motivos legales-, así que quiero que todo este rollo vaya como la seda, y estoy seguro de que así será.

No te preocupes, Ralph. Los dejaremos flipados con esto. Ya he conseguido dónde instalarnos: dos casas con una piscina de cincuenta metros, y en primera línea de playa. Están en Alii Drive, en Kona, donde siempre brilla el sol.

Ok

H. S. T.

## LA CIUDAD DE REFUGIO EN HONAUNAU

Junto a la *Hare o Keave*, hacia el sur, encontramos un *pahu tabu* (recinto sagrado) de considerable extensión. Nuestro guía nos dijo que se trataba de uno de los *puhonuas* de Hawái, de los que tantas veces habíamos oído hablar a líderes tribales y otras personas. Sólo hay dos en la isla: el que examinamos entonces y uno en Waipio, al noreste de la isla, en la región de Kohala.

Dichos *puhonuas* eran las ciudades de refugio de Hawái, y ofrecían un santuario inviolable a los fugitivos condenados que, huyendo de las vengadoras lanzas, tenían la suerte de llegar a ellos.

Éste disponía de varias entradas grandes; algunas daban al lado del mar y otras a las montañas. Aquí, el homicida, la persona que hubiera roto un tabú o faltado a la observancia de sus rígidos requisitos, el ladrón e incluso el asesino podían escapar de sus furibundos perseguidores y estar seguros.

Tenían paso franco, vinieran de donde vinieran y pertenecieran a quien pertenecieran; aunque los podían perseguir hasta la misma entrada del recinto.

Los sacerdotes y sus adeptos podían ejecutar inmediatamente a cualquiera que cometiera la temeridad de seguir o importunar a los que habían estado alguna vez tras la empalizada del *pahu tabu* y, en consecuencia, tal como ellos lo entendían, bajo la protección del espíritu de Keave, el dios lar del sitio.

No pudimos averiguar el tiempo que debían permanecer en el *puhonua*; pero no parece que fueran más de dos o tres días. Concluido ese plazo, se quedaban al servicio de los sacerdotes o regresaban a sus casas.

El *puhonua* de Honaunau es espacioso, capaz de albergar a una gran cantidad de personas. En tiempos de guerra, las mujeres, los niños y los ancianos de las regiones vecinas se quedaban generalmente en él, mientras los hombres se iban a la batalla. Allí estaban seguros hasta la resolución del conflicto y, en caso de derrota, a salvo de ataques y estragos.

*El diario de William Ellis*  
(Circa 1850)

## EL BRAZO AZUL

Unos cuarenta minutos después de que saliéramos de San Francisco, la tripulación decidió tomar medidas con el problema del aseo 1B, cuya puerta permanecía cerrada desde el despegue. La jefa de azafatas llamó al copiloto, que salió de la cabina de vuelo y apareció a mi lado, en el pasillo, con una herramienta de aspecto extraño; una especie de linterna con cuchillas, o algún tipo de escoplo eléctrico.

El copiloto asintió con tranquilidad mientras escuchaba la apremiante y queda voz de la azafata:

—Puedo hablar con él —dijo, señalando el OCUPADO de la puerta con una larga uña roja—. Pero no consigo que salga.

El copiloto asintió esta vez con expresión pensativa. Estaba de espaldas a los pasajeros, ajustando la herramienta que llevaba en la mano.

—¿Identificación? —preguntó.

Ella comprobó la lista de pasajeros.

—Es el señor Ackerman —dijo—. Dirección... Apartado de correos 99, Kailua-Kona.

—La isla grande.

La azafata inclinó la cabeza, sin dejar de mirar la lista.

—Miembro del Red Carpet Club, viajero habitual, sin historial previo... Embarcó en San Francisco con un billete de ida a Honolulu, en primera clase. Un perfecto caballero... No ha reservado nada. Ni habitación de hotel ni el alquiler de un coche... —Ella se encogió de hombros—. Serio, tranquilo, muy educado...

—Sí, conozco a esa clase de hombres. —El copiloto miró la herramienta durante un momento y, a continuación, alzó una mano y llamó a la puerta con brío—. ¿Señor Ackerman? ¿Me oye?

No hubo respuesta, pero yo estaba tan cerca de la puerta que pude oír los sonidos del interior: primero, el ruido de la tapa del retrete al caer y después, el ruido del agua.

Yo no conocía al señor Ackerman, pero me acordaba de él porque lo había visto cuando embarcó. Parecía un hombre que hubiera sido tenista profesional en Hong Kong y hubiera pasado después a cosas más importantes. El Rolex de oro, la cadena de oro, la chaqueta de lino blanco y el pesado maletín de cuero con candados de combinación en todas las cremalleras... no eran típicos de un hombre que se encerraba en un cuarto de baño inmediatamente después de despegar y se quedaba dentro durante casi una hora.

Una hora es mucho tiempo, en cualquier vuelo. Esa clase de conducta despierta sospechas que, al final, no se pueden pasar por alto; sobre todo, si se está en el espacioso compartimento de primera clase de un 747, en un vuelo de cuatro horas con destino a Hawái. A la gente que paga tanto dinero no le agrada la idea de tener que hacer cola para entrar en el único cuarto de baño disponible porque en el otro ocurre algo evidentemente inquietante.

Yo era una de esas personas y, desde mi punto de vista, mi contrato social con United Airlines me daba al menos derecho a usar el minúsculo aseo con cerrojo en la puerta durante todo el tiempo que necesitara para asearme. Había pasado seis horas en la Red Carpet Room del aeropuerto de San Francisco, discutiendo con empleados, bebiendo mucho y esquivando oleadas de extraños recuerdos...

Cuando estábamos a medio camino entre Denver y San Francisco, decidimos cambiar de planes y seguir en un 747. Los DC-10 están bien para siestas y trayectos cortos, pero los 747 son mucho mejores para profesionales en viajes largos porque tienen un salón enorme, una especie de club con bar, sofás y mesas para jugar a las cartas al que sólo se puede acceder por la escalera de caracol del compartimento de primera. Implicaba el riesgo de perder el equipaje, y una espera interminable en el aeropuerto de San Francisco... pero yo

necesitaba espacio para trabajar, para estirarme un poco y, quizá, para despatarrarme.

Mi plan nocturno consistía en echar un vistazo a todos mis documentos sobre Hawái. Debía leer memorandos, folletos e incluso libros (tenía *El último viaje del capitán James Cook*, de Hough; *El diario de William Ellis* y las *Cartas desde Hawái* de Mark Twain). Libros grandes y folletos largos: *La isla de Hawái*, *Historia de la costa de Kona* y *Pu'uhonua O Honaunau*, entre otros muchos.

—No puedes venir aquí y escribir sobre la maratón —me había dicho mi amigo John Wilbur—. Hawái es mucho más que diez mil japos corriendo por Pearl Harbour. Olvídate de eso... Las islas están llenas de misterio. Pasa de Don Ho y de todas esas gilipolleces turísticas... Aquí hay mucho más de lo que la mayoría imagina.

Maravilloso, pensé yo. Wilbur es un genio. Una persona capaz de dejar a los Washington Redskins para mudarse a una casa en una playa de Honolulu debe de saber algo sobre la vida que yo no sé.

Por supuesto. Abraza el misterio. Abrázalo ya. Cualquier cosa capaz de crearse a sí misma por una erupción surgida de las entrañas del Pacífico es digna de verse.

Tras seis horas de fracaso y confusión etílica, conseguí dos asientos en el último 747 del día que volaba a Honolulu. Ahora sólo necesitaba un lugar donde afeitarme, cepillarme los dientes y, tal vez, mirarme en el espejo y preguntarme, como de costumbre, quién me devolvía la mirada.

No existe ningún argumento económico posible en lo tocante a algún sitio genuinamente privado, de *ninguna* clase, en un artefacto volador de diez millones de dólares. El riesgo es demasiado alto.

No, eso no tiene sentido. Mucha gente ha intentado prenderse fuego en esos cubículos de hojalata. Sargentos mayores obligados a licenciarse antes de tiempo; psicóticos y adictos medio locos que se encierran en un aseo, se atiborran de pastillas y tiran de la cadena para intentar perderse por el largo tubo azul del inodoro.

El copiloto golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Señor Ackerman! ¿Se encuentra bien?

Tras un instante de duda, llamó de nuevo. Pero, esta vez, con más fuerza.

—¡Señor Ackerman! Le habla el capitán... ¿Está enfermo?

—¿Cómo? —respondió una voz desde el interior.

La azafata se acercó a la puerta y dijo:

—Esto es una emergencia médica, señor Ackerman. Si es necesario, podemos sacarlo de ahí en treinta segundos.

El hombre volvió a hablar, y la azafata dedicó una sonrisa triunfante al capitán Goodwrench.

—Estoy bien. Saldré dentro de un momento.

El copiloto retrocedió y miró la puerta. Se oyeron más sonidos procedentes del aseo, pero sólo de movimientos y de agua.

Para entonces, todo el pasaje de primera clase estaba al tanto del problema.

—¡Saquen a ese anormal de ahí! —gritó un viejo—. ¡Podría llevar una bomba!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó una mujer—. ¡Se ha encerrado con algo!

El copiloto se estremeció, se giró hacia los pasajeros y apuntó al anciano, que se había puesto histérico, con la herramienta.

—¡Usted! —bramó—. ¡Cállese! Yo me ocuparé de esto.

La puerta se abrió de repente. El señor Ackerman salió al pasillo y sonrió a la jefa de azafatas.

—Siento que hayan tenido que esperar. Ya es todo suyo.

El hombre se alejó por el pasillo con la chaqueta doblada informalmente sobre el brazo, pero sin llegar a cubrirlo del todo. Yo seguía en mi asiento y vi que el brazo que intentaba ocultar a la azafata estaba de color azul brillante hasta el hombro. Aquello me puso nervioso. El señor Ackerman me había caído bien al principio; tenía aspecto de compartir mis gustos... pero ahora me pareció problemático, y le habría dado una patada en las pelotas sin motivo. De mi primera impresión ya no quedaba nada. El chiflado que se había encerrado en el aseo durante tanto tiempo que el brazo se le había puesto azul ya no era el

gentil capitán de yate, envuelto en lino, que había embarcado en San Francisco.

Casi todos los pasajeros se dieron por satisfechos al ver que el problema salía pacíficamente del servicio. Nada de armas, nada de dinamita pegada con cinta aislante al pecho, nada de incomprensibles consignas terroristas ni de amenazas de degollar a nadie. El anciano todavía sollozaba silenciosamente, sin mirar a Ackerman, cuando éste se dirigió a su asiento; pero los demás no parecían preocupados.

Sin embargo, el copiloto lo miró con una expresión de horror puro. Había visto el brazo azul, y también lo había visto la azafata, que ya no decía nada. Ackerman aún intentaba ocultar el brazo bajo la chaqueta de lino, de estilo safari. Nadie más lo había notado; o, si lo habían notado, no sabían lo que significaba.

Pero yo lo sabía, al igual que la azafata de ojos desorbitados.

El copiloto lanzó otra mirada fulminante a Ackerman, se estremeció con evidente disgusto, plegó la extraña herramienta y se alejó hacia la escalera de caracol que llevaba a la cubierta de vuelo. De camino, se detuvo a mi lado y susurró a Ackerman:

—Maldito canalla... Como te vuelva a ver en uno de mis vuelos, te vas a enterar.

Ackerman asintió con educación y se acomodó en su asiento, que estaba a la altura del mío, aunque al otro lado del pasillo. Yo me levanté a toda prisa y me dirigí al aseo con mis cosas de afeitar. Una vez allí, cerré la puerta y bajé cuidadosamente la tapa del retrete.

Sólo hay una forma de que un brazo se te ponga azul en un 747 que sobrevuela el Pacífico a once mil metros de altura. Pero la realidad es tan extraña y poco común que ni los viajeros más habituales han tenido que enfrentarse a ella... y, en cuanto a los pocos que la conocen, no es algo de lo que quieran hablar.

El potente desinfectante que la mayoría de las líneas aéreas usa en sus aseos es un compuesto químico de color intensamente azul, el Dejem. Aquélla no era la primera vez que yo veía a un hombre entrando en el servicio de un avión y saliendo

con el brazo azul; lo había visto con anterioridad, en un largo vuelo de Londres a Zaire, con destino al combate de Alí contra Foreman. Un corresponsal británico de Reuters había entrado en el aseo y, por algún motivo, se le había caído la llave del télex de Reuters en Kinsasa en el retrete de aluminio. Salió unos treinta minutos después, y se estuvo maldiciendo a sí mismo durante el resto del viaje.

Casi era medianoche cuando salí del aseo 1B y volví a mi asiento para recoger mi material de lectura. Las luces estaban apagadas, y el resto del pasaje dormía. Había llegado el momento de ir al salón de arriba y ponerse a trabajar. La maratón de Honolulu sólo iba a ser una parte de mi historia; el resto tendría que ser el propio Hawái, y eso era algo que ni siquiera me había planteado hasta entonces. Yo llevaba una miniatura de Wild Turkey en la bolsa, y sabía que había hielo de sobra en el bar, que a esas horas de la noche suele estar vacío.

Pero esta vez no lo estaba. Cuando llegué a lo alto de la escalera, vi que mi compañero de viaje, el señor Ackerman, dormía plácidamente en uno de los sofás, cerca de la barra. Se despertó cuando pasé a su lado, con intención de dirigirme a una de las mesas del fondo, y noté un destello de reconocimiento en su débil sonrisa.

Mientras pasaba asentí y dije:

—Espero que lo haya encontrado.

Él me miró.

—Sí. Por supuesto.

Para entonces, yo estaba dejando mis documentos en la enorme mesa de cartas, a tres metros de él. Ni sabía lo que había estado buscando ni lo quería saber. Él tenía sus problemas y yo, los míos: había imaginado que tendría el salón para mí solo, pero era evidente que el señor Ackerman pretendía pasar la noche en aquel lugar. Era el único sitio del avión donde su presencia no causaría revuelo. Y, como íbamos a estar juntos un buen rato, pensé que sería mejor que nos lleváramos bien.